

Cromacio de Aquileya

TRATADOS

TRATADO 16

YO OS HARÉ PESCADORES DE HOMBRES

1. Luego sigue: *Y pasando al lado del mar vio a dos hermanos, [Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, echando la red en el mar, pues eran pescadores, y les dice: «Venid conmigo, y os haré pescadores de hombres».] Y ellos inmediatamente, dejando la barca y a su padre, lo siguieron*¹. ¡Oh felices esos pescadores a quienes el Señor, entre tantos doctores de la ley y escribas, entre tantos sabios del mundo, eligió los primeros para la misión de la predicación divina y la gracia del apostolado! Y semejante elección fue bien digna de nuestro Señor y conveniente a su predicación; para que la admiración que naciera con la predicación de su nombre ocasionara una alabanza tanto mayor, cuanto los predicadores fueran los más pequeños del mundo y los humildes del siglo; que no conquistarían el mundo por la sabiduría de su palabra, sino que liberarían al género humano del error de la muerte por la sencilla predicación de la fe, como dice el Apóstol: *Para que vuestra fe no esté en la sabiduría de los hombres, sino en la fuerza de Dios*². Y otra vez: *Dios eligió a lo necio del mundo para confundir a los sabios, y a lo débil del mundo para confundir a los fuertes; y eligió*

a lo innoble y despreciable del mundo y a lo que no es, para destruir a lo que es³.

No eligió pues a los nobles del mundo o a los ricos, para que no se hiciera sospechosa la predicación; no a los sabios del siglo, de modo que se creyera que el género humano había sido persuadido por la sabiduría del mundo; sino que eligió a unos pescadores, iletrados, inexpertos, indoctos, para que fuera manifiesta la gracia del Salvador. Humildes sin duda en el siglo incluso por su mismo oficio, pero excelsos por la fe y la obediencia de un espíritu devoto; despreciables para la tierra, pero enteramente gratos al cielo; innobles para el siglo, pero nobles para Cristo; no inscritos en el registro del senado terreno, pero sí en el libro de los ángeles en el cielo; pobres para el mundo, pero ricos para Dios. Pues sabía el Señor a quiénes elegir, Él que conoce lo oculto del corazón: a aquéllos que no buscaran la sabiduría del mundo, sino que desearan la sabiduría de Dios, y que no codiciaran las riquezas del mundo, sino que ambicionaran los tesoros celestes.

2. Después, cuando oyeron que el Señor les decía: *Venid en pos de mí*, inmediatamente, dejando sus redes, a su padre y todas sus propiedades, lo siguieron. En esto demostraron en verdad ser hijos de Abraham, porque igual que él siguieron al Salvador después de oír la voz de Dios. Pues dejaron inmediatamente los beneficios corporales para conquistar las ganancias eternas, dejaron a su padre terreno para tener un padre celeste, por lo cual con razón merecieron también ser elegidos. Eligió pues el Señor a unos pescadores que pasaron de la pesca terrena a la celeste, cambiando así a mejor el oficio de la pesca, de modo que pescaran para la salvación, como si de peces se tratara, al género humano que se hallaba en los profundos remolinos del error, según

lo que el Señor mismo les dice: *Venid en pos de mí y os haré pescadores de hombres*⁴.

Y esto mismo lo había prometido antes por medio de Jeremías diciendo: *He aquí que yo enviaré a muchos pescadores, dice el Señor y los pescarán. Y después enviaré cazadores y los cazarán*⁵. Por eso conocemos que los apóstoles no sólo son llamados pescadores, sino también cazadores; pescadores porque capturan del siglo a todos los creyentes, como a peces, con la red de la predicación evangélica; y cazadores porque, en celeste cacería, atrapan para la salvación a los hombres que vagan en el error de este mundo como en un bosque y viven según costumbres propias de las fieras.

También por medio de David el Espíritu Santo había mostrado antiguamente la gracia que suponían estos pescadores, al decir: *Quienes surcan el mar en naves afanándose entre las aguas abundantes. Éstos vieron las obras del Señor y sus maravillas en lo profundo*⁶. También Isaías, refiriéndose a ellos, pregona de modo similar: *Y volarán en las naves de los extranjeros, saqueando al mismo tiempo el mar desde la salida del sol; y pondrán en primer lugar la mano sobre Idumea y Moab, y los hijos de Amón obedecerán los primeros, y Dios desolará el mar de Egipto*⁷. Las naves de los extranjeros significan las iglesias, congregadas de entre los gentiles, con las que los apóstoles saquean el mar de Egipto, que es este mundo, con la fe de la divina predicación. Por eso dice que los hijos de Amón obedecen los primeros, es decir el centurión Cornelio y aquellos de los gentiles que creyeron con él los primeros por la predicación de Pedro⁸. Y que será desolado el mar de Egipto es justamente que se

abatirá el error del siglo y el culto de los ídolos, lo que se hace cada día por medio de la predicación apostólica.

3. Por tanto, los creyentes cada día son capturados para la vida por su predicación. Y observa cuán distinta es esa pesca celeste de los apóstoles, de la pesca terrena. Pues los peces, cuando son capturados, mueren. Los hombres son capturados para que vivan, según lo que el Señor dice a Pedro cuando hubo cogido una abundante cantidad de peces⁹: *No temas, le dice, desde ahora darás vida a los hombres*¹⁰. También Ezequiel, mostrando abiertamente a estos pescadores evangélicos que cogen los peces para que vivan, dice: *Y habrá allí muchos peces abundantes, porque llega allí esta agua, y por donde pase el río todo ser viviente será salvo y vivirá; y se sentarán allí los pescadores, y tendrán arriba lugar para secar las redes; y sus peces serán como los del gran mar, una multitud inmensa*¹¹.

Admirable es esa pesca y admirables los pescadores, que no pescan para la muerte de aquellos a quienes atrapan, sino para su vida. Según la comparación terrena viven los peces que no fueron atrapados; en esta pesca mueren quienes no merecieron ser cogidos. En el ejemplo que recordamos más arriba nos muestra el profeta de modo evidente cómo esta pesca de los pescadores atrapa para la vida a los que atrapa, diciendo: *porque llega allí esta agua, y por donde pase el río todo ser viviente será salvo y vivirá*. El profeta no habla aquí ciertamente de esa agua común, ni de algún río terreno, sino que habla del agua del bautismo salvador y del

río de la predicación evangélica, por el cual los creyentes son vueltos a crear para la vida. ¿Quieres saber qué agua es esa que sana, que cura, que vivifica? Escucha al Señor que dice en el Evangelio: *Quien beba del agua que yo le doy, no tendrá sed jamás, sino que se hará en él una fuente de agua que brota para la vida eterna*¹². ¿Quieres aún conocer cuál es este río en que se vive? Escucha al profeta que dice: *La fuerza del río alegra la ciudad de Dios*¹³. Somos, pues, capturados del mar del siglo por esos pescadores; somos arrancados de los remolinos del error, de modo que renazcamos en el agua del bautismo y, lavados en el río evangélico, permanezcamos para la vida.

4. Luego sigue: *Y recorría Jesús toda la Galilea [enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Nueva del Reino y curando toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo]* (y lo que sigue hasta) *y al otro lado del Jordán*¹⁴. Ya había anunciado antes Isaías que esto iba a ocurrir, cuando dice: *Él mismo tomará nuestras dolencias y curará nuestra enfermedad*¹⁵. Pues para esto en efecto había venido Cristo Señor, maestro de vida y médico celeste, para instruir a los hombres para la vida con su enseñanza y sanar la enfermedad del cuerpo y del alma con una medicina celeste; para liberar los cuerpos asediados por el diablo y devolver a la verdadera y completa salud a los que se fatigan con dolencias varias. Pues curaba las enfermedades corporales con la palabra del poder divino; y sanaba las heridas de las almas con la medicina de la enseñanza celeste. David muestra claramente que estas heridas del alma sólo pueden ser tratadas por Dios¹⁶, diciendo: *Bendice, alma mía, al Señor y no ol-*

*vides sus beneficios*¹⁷. Y añadió: *Él, que es propicio con todas tus iniquidades, que sana todas tus dolencias*¹⁸. Por tanto el verdadero y perfecto médico es Aquel que no sólo concede la salud del cuerpo, sino que restituye la salvación al alma,

TRATADO 45

LA VOCACIÓN DE MATEO

1. A continuación prosigue: *Y cuando se marchaba de allí, vio Jesús a Mateo, que estaba sentado en la oficina de recaudador, [y le dice: «Sígueme». Él se levantó y lo siguió. Y sucedió que, estando él a la mesa en su casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores se sentaban a la mesa con Jesús y con sus discípulos. Al verlo, los fariseos decían a los discípulos: «¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y pecadores?». Más él, al oírlo, dijo: «No necesitan médico los sanos, sino los que padecen un mal. Id y aprended qué significa: misericordia quiero más que sacrificios. Porque] no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores»¹. El Señor, que iba a conceder la salvación a todos los pecadores que creyeran en él, se digna elegir a Mateo, que era publicano, en primer lugar y por voluntad propia. En esto se anticipó el don de su condescendencia y el ejemplo de nuestra salvación, para que conociéramos que cada uno de los pecadores es digno de ser elegido por Dios y puede alcanzar la gracia de la salvación eterna, si no le falta espíritu religioso y corazón devoto. En definitiva, Dios elige voluntariamente a Mateo que, aunque estuviera atado por la administración*

de lo secular y las necesidades del mundo, sin embargo, por la religiosa devoción de su corazón, merece ser llamado por el Señor: *Sígueme*; y le llama aquel que conoce, por el poder de su naturaleza divina, lo oculto del corazón. Por lo que sigue a continuación, conocemos que Mateo no fue elegido en virtud de una acepción de personas por parte del Señor, sino en mérito a su fe y devoción². Tan pronto como el Señor le dice: *Sígueme*, no se entretiene ni se retrasa, sino que, inmediatamente, *levantándose lo siguió*³. Más arriba, los escribas y los doctores de la ley ante lo admirable de un prodigio tan grande, no sólo no creyeron, sino que además acusaban al Señor por esta misma obra como reo de blasfemia, diciendo: *Éste blasfema*⁴. Mateo, sin embargo, escuchando simplemente la voz del Señor, inmediatamente *lo siguió*. En esto demostró que era fiel a Dios e hijo de Abraham, siguiendo la voz del Señor de modo similar. Al punto, según el ejemplo de Abraham, acogió al Señor con hospitalidad y ofreció un banquete, para darse a conocer por todo esto con justicia como digno hijo de Abraham.

2. Por tanto, una vez comprobada la fe de Mateo, que había sido publicano, con razón se sentaron ya a la mesa los pecadores y los publicanos en el banquete con el Señor. Así efectivamente sigue el relato: *Y sucedió que, estando él a la mesa en su casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores se sentaban a la mesa con Jesús y con sus discípulos*⁵. Mas a los fariseos, que lo veían con malos ojos y se preguntaban por qué el Señor comía con publicanos, les dice: *No necesitan médico los sanos, sino los que padecen un mal*⁶. En esto muestra que Él es el médico verdadero y celestial, que había venido a sanar las heridas del género hu-

mano, y denuncia la falta de fe de los escribas que, aunque yacían en la grave enfermedad del pecado, hinchados por la soberbia de su corazón, se consideraban sanos; no recordaban el dicho de Salomón: *¿Quién se gloriará de tener un corazón casto o de estar limpio de pecado?*⁷, o lo que dice el bienaventurado Job: *¿Quién estará limpio de mancha, ni aunque su vida haya durado un solo día?*⁸. A causa de esto no quisieron ni recibir ni reconocer al autor de la medicina celestial, del que David había testimoniado, entre otras cosas: *Que se vuelve propicio a tus pecados, que cura todas tus enfermedades*⁹. El Espíritu Santo, también por boca de Salomón, exhorta a honrar a este médico, al decir: *Honra al médico antes del día de la necesidad*¹⁰. Y aunque Salomón mandó honrar a este médico antes del día de la necesidad, los incrédulos escribas y fariseos, ni siquiera en el presente momento, aunque veían signos tan magníficos, quisieron honrar o reconocer al dispensador de la medicina celestial, por lo que tampoco merecieron recibir el remedio de la salvación. Y por eso, el Señor dice: *No necesitan médico los sanos, sino los que padecen un mal*, mostrando que no merecían conseguir la salud celestial los que, considerándose sanos (esto es, justos), habían rechazado la medicina del Señor; sino aquellos que, conociendo su enfermedad (esto es, los propios pecados) y creyendo con fe plena, buscaban el remedio de la gracia del cielo.

3. Conociendo el santo Jeremías que el pueblo judío no desearía a este médico, le advirtió con antelación, echándole en cara su infidelidad: *¿Acaso no hay resina en Galaad o no hay un médico allí? ¿Por qué motivo no llega la salud a mi pueblo?*¹¹. Al decir esto increpa al pueblo que, herido

por los pecados, despreció al autor de la medicina del cielo y no quiso recibir el remedio de la salvación. Mas, ya que sabemos que para una medicina –incluso celeste– son necesarias muchas sustancias, hay que preguntarse por qué para la salud de todo el pueblo hizo mención solamente de la resina: *¿Acaso no hay resina en Galaad o no hay un médico allí? ¿Por qué motivo no llega la salud a mi pueblo?* Por tanto, hay que tener en cuenta qué clase de resina es ésta que es la única que puede proporcionar la salud al pueblo, y basta ella sola. Sabemos, según lo que sucede en la naturaleza, que la resina no procede sino de la madera. Y según esta consideración vemos claramente que en ella se representa la medicina de la cruz, por la que verdaderamente se le ha dado la salud de la salvación eterna al género humano¹². Puesto que el pueblo judío no quiso recibir la medicina de esta resina, permaneció en la enfermedad perpetua del pecado. Por eso el Señor le reprochó, por medio del profeta: *¿Acaso no hay resina en Galaad o no hay un médico allí? ¿Por qué motivo no llega la salud a mi pueblo?*; porque aquel médico que bajó del cielo sanó las heridas del género humano con la medicina de su cruz. En fin, la profecía anunció que esta resina se encontraba en Galaad, esto es: en tierra de Judea, ya que allí el Señor tomó la cruz redentora para la salvación del mundo.

4. Por ello el Señor les recriminó, diciendo: *Id y aprended qué significa: misericordia quiero más que sacrificios*¹³. Los escribas y fariseos pensaban que los sacrificios de la ley podían borrar todos sus pecados. Y por esto, el Señor pone por delante la misericordia al sacrificio, para mostrar claramente que las faltas de los pecadores se podían expiar, no por los sacrificios de la ley, sino por las obras de miseri-

cordia. Más adelante, en otro lugar, el Señor afirmó lo mismo cuando les reprochaba a los fariseos: *Más bien dad limosna y todas las cosas serán puras para vosotros*¹⁴. Es lo que les dice: *Aprended qué significa: misericordia quiero más que sacrificios*. Y a continuación añade: *En efecto, no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores*¹⁵. ¿Acaso el Señor, que había venido para transformar en justos a los pecadores, podía rechazar a los justos? No, ciertamente, sino que aquí habla en contra de los fariseos y los escribas que, despreciando el ejercicio de la misericordia o, más aún, al autor de la misma misericordia, en tal grado se consideraban justos (porque observaban ciertas cargas de la ley no necesarias y ofrecían sacrificios de animales) que rechazaban al Señor mismo, autor de la justicia celestial. Al rechazar su justicia fingida y falsa, con toda razón el Señor llamó a la gracia a los pecadores que creían en Él.

5. Según la interpretación alegórica o mística la casa de Mateo significa su corazón, en el que entró Cristo gracias a su fe; en él sabemos que se sentó verdaderamente a la mesa porque este mismo Mateo mereció ser el redactor de este evangelio, en el que ofrece el banquete celeste de los prodigios y del poder del Señor, no sólo al Señor y sus discípulos, sino a todos los creyentes que, habiendo sido publicanos y pecadores, llegaron al conocimiento de Cristo y merecieron ser asociados a tan magnífico banquete¹⁶. Sin duda que también la casa de Mateo puede interpretarse como la Iglesia, que ha sido formada con publicanos y pecadores; en ella el mismo Mateo ofrece el banquete de su fe y de su predicación a todos los creyentes, y en ella el Señor se sienta a la mesa con sus discípulos.